

Un Notable Alegato

Por Gabriel Camps *Julio 18*

En la oficina de la Comisión Municipal que tiene a su cargo el estudio del embellecimiento habanero, presentó hoy, nuestro muy ilustre colaborador el bello y sugerente escrito de la heráldica de nuestra ciudad, que publicamos a continuación:

El que suscribe, con el mayor acatamiento, a esta Comisión, propone:

Que el Ayuntamiento acuerde que todas las estatuas, escudos, inscripciones y, en general, todos los trofeos de la época colonial, que se hallan hoy bajo el amparo y custodia del pueblo de la ciudad de la Habana, se conserven como uno de los más preciados objetos del patrimonio municipal.

Entiéndese por trofeo, según la definición de autoridades en materia de lenguaje, la insignia o señal expuesta al público y colocada en un sitio elevado para perpetuar la memoria de algún triunfo conseguido.

De ese modo, la bellísima portada, con su no menos bello escudo, del gran palacio de los Capitanes Generales, sede hoy del Ayuntamiento habanero, debe tener y tiene el carácter de un trofeo de victoria que, cabalmente, por el sitio elevado que ocupa, perpetuará el triunfo de los anhelos y aspiraciones del pueblo de Cuba.

Se comprende, sin un gran esfuerzo de expresión, que el general Jiménez Castellanos, al desalojar ese palacio se hubiese llevado el símbolo de su poderío que terminaba.

No lo hizo, y por ello, al verificarse la transmisión de poderes, quedó, esa portada, como un gran trofeo del que debe envanecerse todo habanero.

Por no entenderse eso de la manera expuesta, hoy el gran catafalco de Colón, que dignificaba a la Catedral de la Habana, es un precioso ornamento de la Giralda de Sevilla. No hay un solo cubano que, al enfrentarse con la magna obra escultórica no lamente la ligereza con que en un momento de desviada exaltación patriótica, se desprendió el pueblo habanero de lo que era suyo. Movería a risa, si no se tratase de algo muy trascendental, querer relacionar la memoria del Gran Almirante, con el agravio que al sentimiento cubano infligieron gobiernos desatentados, muy lejanos en el tiempo, del esplendoroso inicio del Descubrimiento.

Todas las naciones civilizadas de la tierra estiman en todo su valor, a veces hasta un grado exagerado, los trofeos adquiridos del contrario vencido.

Nadie visitará la ciudad de Nueva Orleans, sin que el guía deje de llevarlo a admirar el fuerte español. Es un fortín de ladrillos, hoy carcomido por sales del mar, dos cañoncitos con sus cureñas y una lápida de mármol, en que aparece como su gobernador el Barón de Carandolet.

San Agustín de la Florida, conserva con ufanía extrema, la palabra "Municipio" en el frente de su casa consistorial.

Cuando el viajero llega a Nápoles, se figura haber llegado a una ciudad de Castilla. Así, como en San Agustín, también ostentan en el Consistorio la palabra "Municipio" y son muchos los napolitanos que no encontraron bien la mutación de su nombre a la histórica calle de Toledo.



Los iconoclastas que arrojaron a las profundidades del mar la Venus de Milo, tienen adeptos en todas las latitudes.

No se puede salir de París sin ver como se conservan en la Plaza de Vendome y en el Arco del Triunfo y en los Inválidos, los escudos y atributos de la Monarquía y del Imperio, y los nombres de los adversarios: la Francia republicana, conserva sus trofeos con resistencia invencible.

Los germanos mantuvieron las flores de Lys, en las murallas de Alsacia y Lorena.

En la plaza real de Bruselas, se enseña con orgullo el palacio monumental hecho por los españoles. Error grave porque no lo hicieron los españoles sino los austriacos; pero los belgas, estiman, en este caso más, la leyenda popular que el rigor de la historia.

El puente del Bidasoa que une a España con Francia ostenta seis escudos sobre las arcadas, tres de España y tres de Francia, con la diferencia que los del lado de Francia no son de la época republicana, sino de la napoleónica.

Cuando vamos a Bayona y visitamos la ciudadela construída por Vaubau, después de contemplar la fiera divisa **Nunquans polluta, jamás violada**, nos encontramos con trofeos de sus victorias y con inscripciones españolas.

Y los franceses de Hendaya y los vascos de Fuenterrabía, han neutralizado el islote de los Faisanes o de la Conferencia, para que sea de los dos, tan solo porque allí se encontró Luís XIV con la Infanta de España que había de ser Reina de Francia.

Cuando la primera intervención, el Gobierno Provisional se opuso a que se quitase la susodicha portada, el coronel Bliss, Administrador de la Aduana mantuvo los escudos habaneros, y el que aun se ve en la puerta del Vivac lo mutilaron, siendo como era un escudo local y su corona, una corona mural, cívica.

Al que expone—le dijo en una ocasión el general Wood—, que el Castillo de la Fuerza era el edificio más interesante de América. No necesitó repetirlo para dejarnos completamente convencidos.

Descendiendo de lo espiritual a los real, no está la Habana tan abundante de recuerdos históricos y de curiosidades arqueológicas para que menosprecie y no se incline al aprovechamiento de las que han podido conservarse, más hoy que es punto averiguado que nada iguala en imantación turística, a los recuerdos de la historia.

Mientras exista el sentido de la belleza, mandarán los muertos.

Por eso el distinguido constructor de la tumba del general Grant, en Riverside Drive, que nos visitó pudo exclamar: en lo viejo no he visto nada malo; en lo nuevo no he visto nada bueno.

Justo es decir que el tiempo no pasa en vano, y que en los últimos tiempos tratamos de aprovecharnos de la lección merecida.

En la Isla de Curazao, de los holandeses, se ve un arco de piedra, que dice: "Por Castilla y Aragón, nuevo mundo halló Colón".

